

sión, como en su espíritu, cuando hace discursos.

»Ellos supieron bien lo que a Francia le arrancaron; pero Francia no entendió cabalmente lo que abandonaba.

»El Canadá inglés les inquieta poco. Es un *mínimum* de Europa, muy tolerable como está, metido en sus hielos. Con una Luisiana francesa asomada a ese Golfo de México, que es el Mediterráneo de Uds., aquello cambiaba muchísimo. Europa, a la que los norteamericanos detestan porque la temen, se les atravesaba como un cuchillo en la garganta. Nada de quijadas libres para estropear a México, y un mar Caribe compartido a regañadientes, pero compartido.

»Entre los males materiales, hubiéramos deslizado entre ellos algunos bienes profundos de

los que tarde o temprano tendrán hambre: un poco de la educación clásica que ignoran casi por entero; un vago sabor de cultura entre su paladeo ácido de civilización mecánica. Grandes universidades francesas a medio camino entre Chicago y México se hubiesen llenado de estudiantes yanquis y sudamericanos y eso que llaman el *acuerdo* espiritual, que por ningún lado se ve venir allí, podría haberse comenzado, bajo la influencia de Francia.

»Este Bonaparte que *atarantó* a la Francia como *encandiló* durante diez años—los verbos aquí son míos—la imaginación femenina, por desenfundada, de Víctor Hugo, hizo

Gabriela Mistral

Ajaccio, marzo 1928

construcciones, Colbert, este hijo de Leticia Ramolino, en el cual el Mediterráneo caliente dejó los pulsos alterados.

»Porque no en vano son tan excesivas estas primaveras de Córcega que Ud. alaba tanto».

—Hay una diferencia de un mes entre cerezos y cerezos floridos de Lyon a Ajaccio—le digo. Cuando raleen las flores de los guindos, ya sin pérdida de este espectáculo blanco de las flores de los guindos, yo iré a visitar la *gran reliquia* del nombre de la gloriosa tropelía. Pero entre él y Juana, la lorenesa, los dos cuernos dorados de la gloria militar de Uds. (también ésta comida por los ingleses), me quedaré siempre con Juana que mató lo menos posible para limpiar a Francia.

A este tal Pedro Villalobos, a quien Dios guarde por muchos años, lo conozco desde hace ya tanto tiempo que no podría precisar fecha, como tampoco podría decir desde cuando se grabaron en mi mente la imagen de las dos torres grises de la humilde iglesia de mi pueblo con sus móviles guirnalda de golondrinas, el armonioso tañido de las dos campanas, *María del Pilar* y *Santiago*, magnífica ofrenda de ñor Ramón Andrade (aquel viejecito ricacho que usaba chaqueta de jerga gris con barbillas en el borde inferior, zapatos amarillos, de remaches, banda de seda, de rojo vivo, en la cintura y sombrero de pita de ala tendida, y que iba a dos misas los domingos), los tonos esmeralda de la vecina montañuela, La Carpintera, y el cuchicheo perenne y sonriente del Tiribí en cuyos remansos y pasos—hay testimonios formales de más de un coterráneo, todos hombres de bien—se oyen a las tantas de la noche los ayes lastimeros de La Llorona, siempre errante...

A Pedro Villalobos se lo jirvieron las virgüelas cuando chiquillo, las condenadas le güequieron todita la jicara; por lo demás, nunca ha padecido de nada, algunas calenturillas de la Lina, pero nada más. Ha sido un confisgao en cuestión mujeres: ¿pues no ha gastado tres mujeres propias, fuera de los contrabandos? Hora no, porque ya viejo; le han valido mucho los secretos que sabe pa enamorar y pa evitar que le echen males: bebedizos, oraciones, polvos de cuye, ciertos güesos de lagarto, el unicornio que siempre cargaba encima y por el que tuvo que dar cinco pesos, todo lo que tenía, por cierto que no le quedó esa vez ni con qué comprar la carne, y etc., etc. Como sirvió tantos años en la polecia, se sabe los reglamentos de memoria; los jefes gustaban mucho de los cumplimientos que él hacía; pa todo se necesita gracia en la vida, no hay caso.

Ha oscurecido completamente.

Polvo del camino Espantos

A Gregorio Martín

En el interior del patio de la iglesia vacilan en lo alto los focos diminutos de luz intermitente de las candelillas; se percibe el rumor cercano del Tiribí; los sapos cantan con ruido de guijarros que se agitaran en el interior de calabazos vacíos. A la sombra protectora del higuerón que extiende la bondad de sus ramas frente al viejo muro de calicanto, bajo y musgoso, que separa la calle del patio lateral de la pequeña iglesia, algunos hombres del pueblo se han congregado para charlar en paz. De ordinario, en los días cálidos, hacia el anochecer, es este uno de los sitios preferidos para estas tertulias. La plática recaé sobre lo ocurrido a ñor José María Pérez en los últimos días. Este ñor José María Pérez es uno de los vecinos más conocidos en el pueblo: viejecito, rezador, muy de trabajo, muy

buen hombre. Es él quien en los nueve días y cabo de años sigue el rosario; el mismo que en las procesiones de Semana Santa y del Corpus precede a todos con la Cruz Alta; entonces lleva el hábito de San Francisco, un poco arrugado, con el cordón bien ceñido.

No importa si una vez cumplidos los deberes religiosos del día domingo se alegra un poco; es siempre la suya una alegría pacífica y breve que nunca se ha salido de los términos del día domingo para invadir con la fiebre de sus vapores los dominios de algún lunes. Todos los lunes, ñor José María Pérez como de costumbre: bien de mañanita, a su trabajo, con el almuerquito y la pala o el machete al hombro.

Pedro Villalobos, como mejor enterado, hace la relación de lo que pasó, como si lo estu-

viera viendo. Primero saca fuego en su yesca y enciende un puro; en el ambiente se esparce un ligero olor a trapo quemado. Todos escuchan en silencio:

—Esa mañana comenzábamos a ruedar café. Ñor Pérez llegó tempranito, guindó la chaqueta y el saco con el almuerzo en uno de los porosos del madriao y se jue con su fisguita, a tirarle. Estaba ruediando una mata en una esquinita, onde mismo asombraron a ñor Cipriano Fonseca—que Dios lo haiga perdonao—, cuando en eso se oyó el batacazo onde cayó. Lo abrigaron con un saco en la nuque, y se lo llevaron pa la casa. Ya ayer l'oliaron.

Alguno de los concurrentes confirma esto último: el Padre llevó el día anterior los Santos Oleos al viejecito que permanece en actitud de asombro, ha perdido completamente el habla y casi no puede moverse; por dicha el domingo había subido al Altar...

Nuevamente interviene Pedro Villalobos en la relación. Dice que ya son muchos a los que les ha pasado su mano en esa hacienda en la que nadie ignora que sale un *hermano*... quien sabe si será promesa sin cumplir o botija que hay enterrada; el caso es que los han alzado tiesos. Allí cada nada están levantando gente del suelo. Uno que estuvo de mandador le contó que una noche, hacía muy bonita luna, oyó el perro late y late y como el animal no lo dejaba dormir, salió con el cuchillo a ver lo que sería. Se puso a poner cuidado cuando en eso le pegaron un gran socollón a la cerca, y no era que hiciera viento; le entró un gran frío por la espalda y se metió ligero; la mujer dijo a rezar y a pasarle bien duro la cobija por la espalda; ya desde esa noche nunca volvió a latir el perro. De día se encuentran huellas de niños y de caballos en el suelo, se oyen relinchos y trotes, van a ver, y nada; también ven faroles con la candela perdida, debajo de todo el sol. En media hacienda hay un lugar

Abrimos un concurso

Estamos en condiciones de ofrecer dos premios: de ₡ 200 (\$ 50 oro am.) uno, y de ₡ 100 (\$ 25 oro am.) el otro, a los dos mejores artículos que nos lleguen acerca de este asunto:

¿América para los americanos o América para la humanidad?

Dentro y fuera del país, concurren los que puedan y quieran.

El artículo ha de condensarse, más o menos, en unas mil palabras.

Artículos no premiados que sean interesantes y meritorios, nos reservaremos el derecho de publicarlos.

Se cierra el concurso el 15 de Setiembre próximo.

El jurado se nombrará oportunamente.

Los trabajos han de remitirse con las precauciones de estilo en estos concursos.

Rep. Am.